

diar con ellos el «Jesus de Lubeck,» lo cual impedimos picando los cables de proa en los escobenes, y retirándonos á la espía sobre la amarra de popa hasta zafarnos.

El «Minion» tuvo que dar á la vela y alejarse de nosotros, yendo á fondear fuera de tiro de la isla. Nuestro general animaba con gran brío á sus soldados y artilleros, y pidió á su paje Samuel un vaso de cerveza. Trájoselo en un vaso de plata, y bebiendo el general á la salud de todos, recomendó á los artilleros que permanecieran firmes como buenos junto á sus piezas. Apenas habia soltado el vaso, cuando vino una bala de media culebrina que lo arrebató, juntamente con un cepillo de toneletero que estaba cerca del palo mayor, y salió al otro lado del buque, lo cual no acordó al general, que no cesaba de animarnos, diciendo: «No temais, porque Dios, que me ha librado de este tiro, tambien nos librará de estos villanos traidores.» Tratando el capitán Bland de salir del puerto, vió el palo mayor cortado á raiz por un tiro encadenado que vino de tierra, por lo cual echó el ancla, pegó fuego á su buque, recogió toda su gente en la pinaza, y vino á bordo del «Jesus» á juntarse con el general, quien le dijo que no podia creer que hubiera tratado de abandonarle: el capitán contestó que nunca habia pensado en ello, sino que su intencion era dar vuelta para aborðar el buque español mas á barlovento, y que habia quemado su buque con la esperanza de que el fuego se comunicara á la flota enemiga: díjole el general, que si así era, habia hecho bien. En esto llegó la noche. El general ordenó para resguardar la arboladura del «Minion» se le colocara á sotavento del «Jesus,» y previno á Sir Francisco Drake que viniese con el «Judith» á aborðar el «Minion,» para recibir gente y otras cosas

necesarias, y en seguida marcharse, como lo hizo.

En la noche, cuando comenzó el terral, dimos á la vela y nos salimos, á pesar de los españoles y sus fuegos, hasta fondear con dos anclas al abrigo de la isla. El viento soplabá de hácia al Norte, y era sumamente peligroso, de suerte que á cada momento temiamos ser echados á la costa. Al fin cuando el viento vino mas á un largo, levamos ancla y dimos á la vela en demanda del rio de Pánuco, para tomar agua, porque teniamos muy poca, y los víveres andaban tan escasos, que nos vimos en la necesidad de comer cueros, gatos, ratas, pericos, monos y perros. Vióse, pues, obligado nuestro general á dividir su gente en dos partes, porque llegó á haber un motin por la falta de víveres, diciendo algunos ser preferible que los pusiesen en tierra para correr su suerte entre los enemigos, ántes que morir de hambre en el buque. Preguntó quiénes querian ir á tierra y quiénes quedarse en el buque, diciendo que los primeros fuesen á proa, y los segundos á popa. Noventa y seis nos resolvimos á salir. El general nos dió á cada uno seis yardas de tela de Ruan, y dinero á los que lo pidieron. Cuando hubimos desembarcado, vino á vernos y nos abrazó á todos amigablemente: díjonos que le causaba gran pena dejarnos abandonados, y nos aconsejó que sirviéramos á Dios y nos amarámos unos á otros. Con esa afebilidad se despidió tristemente, prometiéndonos que si Dios le llevaba salvo á nuestro país, haria cuanto estuviese de su parte para que todos los que aun viviésemos, tuviéramos modo de regresar tambien, y así lo cumplió.¹

1 No encuentro noticia alguna por donde conste el cumplimiento de esta promesa del general.

Despues de mi vuelta á Inglaterra he sabido que muchos censuraron que nos hubiera abandonado de esa manera y se llevara los negros. La razen fué que á cambio de ellos podia conseguir víveres ú otras cosas necesarias, si el mal tiempo le hacia arribar á las islas, miéntras que por oro ó plata no lograria obtener nada.

Volvióse luego el general á su buque, y quedamos en tierra, donde velamos toda la noche por temor á los indios salvajes de la comarca. Al amanecer emprendimos nuestra marcha, de tres en tres, hasta que llegados á una arboleda nos salieron los indios preguntándonos qué gente éramos y cómo habiamos venido. Dos de la compañía, es á saber, Antonio Godard y Juan Cornish, que sabian el español, se adelantaron hácia ellos y les dijeron que éramos ingleses; que nunca habiamos venido ántes al país, que habiamos peleado con los españoles, y que por falta de víveres nos habia echado en tierra nuestro general. Preguntaron que adónde pensábamos ir, y contestamos que á Pánuco. El capitán de los indios nos pidió algunas piezas de nuestra ropa, y camisas, lo cual dimos: mandónos luego que le diéramos todo y no quisimos, sobre lo cual fué muerto Juan Cornish por una flecha que le disparó un muchacho que estaba junto al capitán: este dió un golpe con su arco en la nuca al muchacho, y le dejó por muerto. Díjonos que le siguiésemos, y nos llevó á un gran campo donde hallamos agua dulce; nos mandó sentar al rededor del charco y que bebiéramos, mientras iba con los suyos á matar cinco ó seis venados para traérmolos. Allí nos estuvimos hasta las tres de la tarde; pero no volvió. Uno de la compañía, llamado Juan Cooke, y otros cuatro, se separaron y se metieron á la arboleda en busca de refrigerio; inmediatamente fueron cogidos por

los indios, quienes los dejaron desnudos como cuando nacieron, y así volvieron á nosotros.

Dividímonos entónces en dos compañías, la una con Antonio Godard, y la otra con Santiago Collier, y cada una fué por separado en busca de Pánuco. Antonio Godard y sus compañeros se despidieron de nosotros, pasaron un rio donde los indios despojaron de su ropa á muchos, y siguiendo su camino fueron á dar á un cerro pedregoso, en el cual hicieron alto. Santiago Collier con los suyos pasaron aquel dia el mismo rio, donde tambien fueron robados, y uno muerto por accidente. En la noche llegamos al mismo cerro en que estaba Antonio Godard, en el cual permanecimos hasta salir juntos la mañana siguiente. Emprendimos el camino por entre dos bosques, y allí los indios nos robaron toda la ropa, dejándonos enteramente desnudos: mataron ademas á ocho de los nuestros é hirieron á muchos. Tres dias despues llegamos á otro rio donde los indios nos mostraron el camino de Pánuco, y nos dejaron. Pasado el rio entramos en un desierto, é hicimos unos rollos de yerba verde con que nos rodeamos el cuerpo para defendernos del sol y de los mosquitos de aquella tierra. Antes de llegar á Pánuco hubimos de caminar por el despoblado siete dias con sus noches, manteniéndonos únicamente de raices y de guayabas, que es una fruta como higos. Llegados al rio de aquel nombre, vinieron á nosotros en una canoa dos españoles de á caballo. Preguntáronnos cuántos dias habiamos andado por aquel desierto, y dónde estaba nuestro general, porque conocian que éramos de los que habian peleado contra sus paisanos: respondimos que siete dias y siete noches, y que por falta de víveres nos habia echado en tierra nuestro general, mar-

chándose él en seguida con los buques. Volviéronse ellos á su capitán, quien los envió de nuevo con cinco canoas para llevarnos á todos, hecho lo cual nos formaron, y cien ginetes con lanzas vinieron hostilmente sobre nosotros; mas no nos hicieron daño, sino que nos condujeron presos á Pánuco, donde pasamos una noche. En el rio de Pánuco hay un pez como un ternero, que los españoles llaman mallatin [manatí]: tiene en la cabeza una piedra que los indios usan para curar el cólico: por la noche sale á pastar en tierra: he comido de él y sabe casi á tocino. De allí nos enviaron á México, que está á noventa leguas de Pánuco: en el camino, á veinte leguas de la costa, ví cangrejos blancos correteando en la arena: comí de ellos, y son excelentes. Se da allí una fruta que los españoles llaman auocottes [aguacates], del tamaño de un huevo y negras como carbon: tienen dentro un hueso, y es fruta muy sabrosa. Tambien se halla un árbol muy extraño, que llaman maguey, y sirve para muchos usos. Abajo, junto á la raíz, le hacen un agujero por el cual extraen dos veces al dia una especie de licor que hierven en una gran caldera hasta que se consume la tercera parte y se espesa, quedando dulce como miel, y así le comen. A los veinte dias de haberle extraído el jugo, se seca, y entónces le cortan y preparan como nuestro cáñamo en Inglaterra. Hecho esto, le aplican á muchos usos; una parte sirve para fabricar mantas, sogas é hilo; de las puntas sacan agujas para coser las sillas, aparejos y demas arneses de las caballerías: del resto hacen tejas para cubrir las casas; y en fin, le aprovechan de otras muchas maneras.

De ese modo llegamos á México, que tiene siete ú ocho millas de circuito: está asentada en un gran pantano y rodeada

por cuatro cerros. No tiene otra entrada que dos calzadas, y está llena de canales por donde los indios van á todas partes, y á las islas que hay allí. Tres veces al año se sienten de ordinario en las Indias terribles terremotos que ponen á las gentes en gran temor y riesgo. Durante los dos años que estuve allí los hubo seis veces, y cuando sobrevienen derriban árboles, casas é iglesias. A veinticinco leguas de México hay una ciudad llamada Tlaxcala, habitada por cien mil indios: andan con camisas blancas, calzones de lienzo y grandes mantas: las mugeres llevan un traje muy semejante á un zagalejo de flanela. El palacio del rey ¹ fué el primér lugar adonde nos llevaron en llegando á México, y nos mandaron sentar afuera. Vino á vernos mucha gente, hombres, mugeres y niños, mostrándose admirados y compadeciéndose de nuestra desventura. Algunos sacerdotes nos preguntaban si éramos cristianos, y respondíamos que por la misericordia de Dios éramos tan buenos cristianos como ellos; replicaban que cómo podrian saberlo, y decíamos que por nuestras confesiones. De allí nos llevaron en una canoa á casa de un curtidor que está á alguna distancia de la ciudad. A la mañana siguiente vinieron dos frailes y dos clérigos, y nos mandaron que nos persignásemos y dijésemos nuestras oraciones en latin, para que pudieran ellos entendernos, lo cual hicieron muchos de los nuestros, y con eso se fueron los padres á decir al virey que éramos buenos cristianos, y que les agradábamos mucho. Trajéronnos luego gran cantidad de comida y alguna ropa, y los enfermos fueron enviados á los hospitales, donde muchos curaron y muchos murieron.

De la casa del curtidor nos llevaron á la

¹ Estaba entónces situado en el Empedradillo.

de un caballero, en la que nos mandaron permanecer bajo pena de muerte, sin entrar á la ciudad. Allí nos traian todo lo necesario, y los domingos y dias festivos venia mucha gente á vernos y regalarnos.

El virey tenia determinado ahorcarnos, y aun habia mandado hacer una horca nueva para la ejecucion, lo cual no quisieron consentir los caballeros de aquella tierra, sino que le rogaron aguardase á que el navío de aviso trajese instrucciones del rey de España acerca de cómo habíamos de ser tratados; porque decian que no encontraban en nosotros causa bastante para que pudiéramos ser ajusticiados legalmente. Ordenó entónces el virey que fuésemos llevados á una isla allí cerca, y mandó llamar al obispo de México, quien envió cuatro sacerdotes á la dicha isla para examinarnos y confesarnos: dijéronnos que el virey queria quemarnos cuando estuviéramos examinados y confesados, conforme á las leyes del país. Volvieron al obispo y le informaron que éramos buenos cristianos: el obispo certificó al virey nuestro exámen y confesion, diciéndole que pues éramos buenos cristianos, no se metiera con nosotros. El virey mandó traer al maestre R. Barret, y le mantuvo preso en palacio hasta que salió la flota para España. A los demas nos enviaron á una ciudad, siete leguas de México, llamada Tezcucó, á cargar lana entre los indios esclavos, cuya faena vil desdeñamos, y nos resolvimos á pegar á nuestros amos, como lo hicimos, y con eso mandaron rogar al virey, por Dios y por la Virgen Santísima, que nos quitase de allí, pues no querian tenernos mas tiempo, porque no éramos hombres, sino demonios.

El virey mandó por nosotros y nos encerró en una casa de México. Despachó de allí á Antonio Godard y á otros de los

nuestros á España con Luzon [Lujan], el general que nos hizo prisioneros. Los demas permanecimos en México dos años, al cabo de los cuales nos despacharon presos á España con D. Juan de Velasco de Varre, almirante y general de la flota, quien llevó tambien en su buque, para presentarla al rey de España, la osamenta de un gigante, enviada de China á México al virey D. Martín Enriquez para remitirla al rey como cosa admirable. Por el esqueleto se conocia que el gigante habia sido enorme. El cráneo era casi tan grande como una media fanega: los huesos del cuello, la espaldilla, las canillas de los brazos y todos los demas huesos eran desmesurados. La canilla de la pierna, del tobillo á la rodilla, era tan larga como las de cualquier hombre, desde el tobillo hasta la cintura, y de grueso correspondiente.

Entónces, y en el mismo buque, se llevaron de regalo al rey de España, dos canastos de tierra con plantas de jengibre, que igualmente habian venido de la China con ese objeto. El jengibre es planta rastrera como el orozuz: produce tallos semejantes en tamaño y figura á los del ajo silvestre; córtanlos cada dos semanas, y acostumbra regarlos dos veces al dia, como aquí en Inglaterra las hortalizas. Ponen esos tallos en la sopa, y los emplean tambien en los demas guisados; su excelente gusto y aroma deleitan y abren el apetito.

Cuando nos hubieron embarcado en San Juan de Ulúa, el general nos hizo entrar al maestre Roberto Barret y á los demas en su camarote, y nos preguntó si estábamos dispuestos á pelear contra los ingleses, en caso de que nos encontrásemos con ellos en el mar; respondimos que no pelearíamos contra nuestra propia nacion; pero que si encontráramos otros cualesquier enemigos, haríamos lo que pudiéramos.

Dijo que si hubiéramos dicho otra cosa no nos habria dado crédito, y que por lo mismo seriamos mejor tratados, y se nos daría racion como á la demas gente. Nos destinó á cada uno segun nuestro oficio: á Roberto Barret con el piloto; yo fuí al departamento de los artilleros; Guillermo Cawse con el contraestre; Juan Beare con el cuartel mestre; Eduardo Rider y Godofredo Giles con el comun de los marineros; Ricardo, el paje del mestre, servia á este y al piloto. Poco despues salimos del puerto de San Juan de Ulúa con toda la flota española, rumbo al puerto de la Habana, adonde llegamos en veintiseis dias: entramos, anclamos, hicimos aguada y esperamos durante diez y seis dias la flota de Nombre de Dios, que es la que trae el tesoro del Perú.

El general de esa flota se llamaba Diego Valdés. Habiendo llegado y hecho tambien aguada, se reunieron las dos flotas en una sola, y durante los primeros quince dias D. Juan de Velasco de Varre fué general de ambas. Al dar vuelta por el canal de Bahama, su piloto estuvo á punto de perder toda la flota en el cabo llamado Cañaveral, lo cual evitamos yo Job Hortop, y nuestro mestre Roberto Barret. Porque estando yo en el segundo cuarto, descubrí tierra, y llamando á Roberto Barret le dije que mirase á la mar, porque yo veia tierra por la serviola á sotavento. Llamó él al contraestre, y le rogó que volase las escotas del trinquete, pusiese la barra á sotavento y virase de bordo. Ejecutado esto, nos hallamos en siete brazas de agua: disparamos una pieza para avisar á la flota que tambien virase, y así lo hizo. Con esto ganamos la estimacion del general y de toda la flota. El general estaba furioso, y juró por el rey, que habia de ahorcar al piloto, porque ya dos veces ha-

bia faltado poco para que perdiese la capitana. Cuando hubo amanecido, disparó un cañonazo, llamando á consejo: el otro almirante vino en su buque, y le preguntó de qué se trataba: contestóle que su piloto habria perdido la capitana y toda la flota, á no ser por dos de los ingleses, y que por ello queria ahorcarle; mas el otro almirante logró disuadirle de su intento con buenas razones.

A la altura de las Bermudas vimos un monstruo que descubria de medio cuerpo arriba, en cuya parte tenia figura humana, de color como mulato ó indio curtido. El general mandó á uno de sus secretarios que escribiese la relacion del caso, y él dió fé de ello al rey y á la corte. En seguida tuvimos pésimo temporal durante diez y seis dias, al cabo de los cuales Dios fué servido de mandarnos buen tiempo, hasta que dimos vista á la isla llamada Fayal.

El dia de Santiago hicimos cohetes, ruedas y otros fuegos artificiales para divertirnos esa noche, como es costumbre en España. Cuando nos acercamos á tierra, el mestre R. Barret nos propuso que una noche nos apoderásemos de la pinaza, así que estuviéramos cerca de la isla Terceira, para salir del cautiverio y peligro en que nos veiamos. Convenimos en ello, animados por la circunstancia de que ningun buque traia pinaza á popa, sino el nuestro. Preparamos una talega de pan y un botijo de agua, con lo cual hubiéramos tenido para nueve dias, y era lo bastante. El mestre pidió prestada una pequeña brújula al artillero mayor, quien se la franqueó; mas sospechó nuestro intento, y en secreto dió aviso al general, que disimuló por algun tiempo. Al cabo, viendo que lo mismo haciamos nosotros, mandó llamar á R. Barret y le hizo poner de cabeza en el cepo, con un gran par de grillos á los

piés: los demas fuimos puestos de piés en el cepo. Mandó en seguida disparar un cañonazo, y envió la pinaza para que el otro almirante viniese á bordo con todos los capitanes, maestros y pilotos de ambas flotas. Hizo arriar la verga mayor y poner una garriacha en cada penol: fué llamado el verdugo, y nos mandaron confesar, porque el general juraba por su rey, que habia de ahorcarnos.

Cuando el otro almirante y los demas llegaron abordo, los reunió en consejo y les dijo que iba á ahorcar al mestre de los ingleses con todos sus compañeros. El almirante Diego Flores de Valdés le preguntó el motivo, y respondió, que por haber querido alzarnos en la noche con la pinaza, y poner fuego al buque con un petardo para así escaparnos, «por tanto, dijo, quiero que todos vosotros, capitanes, maestros y pilotos, lo firmeis, porque por el rey juró que he de ahorcarlos.» Diego Flores de Valdés respondió: «Ni yo, ni los capitanes, maestros y pilotos lo firmaremos,» pues decia que si él hubiera estado preso como nosotros, habria hecho otro tanto. Aconsejó al general que nos tuviera en estrecha prision hasta llegar á España, y entonces nos entregara á la Casa de Contratacion de Sevilla, donde, si habiamos merecido la muerte, nos aplicarian la ley; porque él no queria que se dijese que en una flota como aquella, seis hombres y un muchacho se habian de apoderar de la pinaza y escapar-se en ella; y con eso se volvió á su buque.

Una vez ido aquel, vino el general á nosotros, junto al palo mayor, y juró por el rey que no nos quitaria del cepo hasta llegar á España. A los diez y siete dias nos pusimos en la barra de Sanlúcar, y arribamos á los Hurcados: allí nos metió en

1 Me coge de nuevo esta palabra: el lugar en que surgian las flotas se llamaba *Zanfanejos* y hoy *Bonanza*.

una pinaza con el cepo, y nos llevaron presos á la Casa de Contratacion de Sevilla. Al cabo de un año quebrantamos la prision en la noche de San Estéban. Siete de los nuestros lograron escaparse; mas Roberto Barret, yo Job Hortop, Juan Emerie, Onofre Roberts y Juan Guilbert, fuimos reatendidos y vueltos á la Casa de Contratacion, donde permanecimos en el cepo hasta despues de la Epifanía. Entonces nuestro alcaide presentó un escrito al juez de la Casa de Contratacion, pidiendo que por haber quebrantado aquella cárcel, fuésemos enviados á la pública de Sevilla, y en efecto nos trasladaron luego á ella. Un mes despues nos pasaron al castillo de la Inquisicion en Triana, donde estuvimos un año, al cabo del cual nos sacaron en procesion, cada uno con su vela en la mano y su sambenito á cuestas. Lleváronnos á un gran cadalso levantado en la plaza de San Francisco, que es en la calle principal de Sevilla, y allí nos hicieron sentar en bancos, por orden, cada uno en su lugar. Frente al nuestro habia otro tablado donde estaban sentados todos los jueces y el clero. El pueblo nos veia con admiracion, compadeciéndose unos de nuestra desgracia, y otros pidiendo que fuesen quemados aquellos herejes. Despues de estar sentados dos horas nos predicaron un sermón: en seguida un tal Bresinia, secretario de la Inquisicion, subió al púlpito con las causas, y llamó á Roberto Barret y á Juan Gilbert. Dos familiares de la Inquisicion los condujeron ante los jueces, y el secretario leyó la sentencia, que era la de ser quemados; volvieron con eso al tablado y fué ejecutada la pena.

Llamaron luego á Juan Bone y á mí Job Hortop, y nos condujeron al mismo lugar, en el cual oimos tambien nuestra sentencia, que fué la de ir á remar en las

galeras por diez años, y volver despues á la casa de la Inquisicion para que nos pudiesen nuestros sambenitos, yendo en seguida á la cárcel perpetua irremisible; lo cual notificado nos volvieron á nuestros asientos. Tomás Marks y Tomás Ellis fueron llamados y sentenciados á ocho años de galeras; y Onofre Roberts y Juan Emery á cinco; concluido esto, nos volvieron á nuestros bancos del tablado, donde quedamos sentados hasta las cuatro de la tarde, hora en que regresamos á la casa de la Inquisicion. A la mañana siguiente vino Bresinia, el tesorero, ¹ y nos dió á cada uno copia de nuestra sentencia. Yo y los otros fuimos llevados á las galeras, donde nos encadenaron de cuatro en cuatro: la racion diaria de cada uno eran veintiseis onzas de galleta ordinaria, y agua: el vestido para todo el año, dos camisas, dos pares de calzones de tela burda, un saco de paño encarnado ordinario, tan pronto puesto como quitado, y un gaban de pelo con una capucha de fraile: nuestro alojamiento eran las tablas desnudas de los bancos de las galeras: cada mes nos rapaban las barbas y el cabello: hambre, sed, frio y azotes nunca nos faltaron hasta que cumplimos nuestras respectivas condenas. A los doce años (porque serví otros dos sobre los diez de mi sentencia) me volvieron á lle-

¹ Antes le ha calificado de secretario, y este título es mas propio de los oficios que desempeñó en el auto.

var á la casa de la Inquisicion en Sevilla, y habiéndome puesto el sambenito, me enviaron á la cárcel perpetua irremisible, en la que llevé el sambenito cuatro años, y entónces, despues de muchas súplicas, conseguí que me le quitasen mediante cincuenta ducados que me prestó el tesorero real Hernando de Soria, á quien por ellos serví como esclavo siete ¹ años, hasta el mes de Octubre pasado de 1590. Vine luego de Sevilla á Sanlúcar, y hallé modo de escaparme en una urca cargada de vinos y sal, perteneciente á unos flamencos, súbditos del rey de España, vecinos de Sevilla y casados con españolas. Salidos de Sanlúcar en este mes de Octubre pasado, encontramos en alta mar, frente al cabo mas meridional, un navío inglés llamado el galeon Dudley, el cual tomó á los flamencos, y á mí me trajo á Portsmouth, donde me desembarcó el 2 de Diciembre del año pasado de 1590. De ahí fuí despachado por Mr. Muns, teniente de Portsmouth, con cartas para su excelencia el conde de Sussex, quien mandó á su secretario tomase mi nombre y declaración, como lo hizo, sobre cuánto tiempo habia yo estado fuera de Inglaterra, y con quién habia yo ido. Y el dia de Noche Buena me despedí de su señoría y vine á Redriffe.

¹ Al fin dice que fueron tres, y es el número que resulta de la cuenta que hace de los años que estuvo preso.

LA CUENTA DE MIS PRISIONES.

Estuve preso en México, doce años.

En la Casa de la Contratacion de Sevilla, un año.

En la casa de la Inquisicion de Triana, un año.

En las galeras estuve doce años.

En la cárcel perpetua irremisible, con el sambenito, cuatro años.

Y salido de ella, serví como esclavo á Hernando de Soria, tres años, con los cuales se completan veintitres.

Desde mi salida de Inglaterra hasta mi regreso, estuve cinco veces en gran peligro de muerte, ademas de los muchos riesgos que corrí en las galeras.

Primero, en el puerto de San Juan de Ulúa, donde estando en tierra con muchos

de mis compañeros, fueron muertos todos, excepto yo y otros dos que á nado llegamos al «Jesus.»

Segundo, cuando fuimos robados por los indios bárbaros.

Tercero, cuando, llegados á México, quiso el virey ahorcarnos.

Cuarto, cuando porque no podía realizar su deseo de ahorcarnos, pretendió quemarnos.

Quinto, cuando el general que nos trajo á España quiso ahorcarnos durante la travesía.

Y habiendo así referido con verdad mis trabajos, desgracias y peligros, en el espacio de veintitres años, doy punto á mi relacion.

(Continuará).